

**¿Sabe usted cuál es la distancia entre cocina y computador?  
Reflexiones in-pandemia desde la psicología social y la pregunta por la configuración  
de las subjetividades contemporáneas**

**Nohema Hernández Guevara  
Mayo 25 de 2020**

Hoy, más que nunca, se hace evidente en nuestras vivencias que las fronteras son convenciones que conllevan siempre cierto grado (a veces mucho) de arbitrariedad. Pero no se trata exclusivamente de fronteras geográficas-políticas, también las fronteras entre lo público y lo privado, entre vida doméstica y vida política, entre naciones y planeta, entre mundo local y mundo global, entre lo humano y sus prótesis-cyborgs informáticos, entre naturaleza y cultura, entre lo micro y lo macro: la interconexión ineludible que vivimos como amenaza o como ventaja.

¿Qué reflexiones significativas nos acompañan, en circunstancias inéditas para nuestras generaciones como esta pandemia y las estrategias adoptadas para su contención como el distanciamiento social y la virtualización del trabajo, el estudio y los afectos? Cuando salir a la calle o subir a un transporte público se siente como arriesgar la vida, cuando estamos obligados a abandonar nuestras “zonas de confort”, cualesquiera que éstas sean; cuando el hogar contiene al mundo -literalmente- y cuando la incertidumbre marca el proyecto vital, es inevitable, más aun, es indispensable acudir a aquello más hondamente inscrito en nuestras vidas dedicadas a la educación: el campo académico y ético que hemos contribuido a construir y que ahora afronta enormes retos asociados a los cambios más o menos impredecibles que derivan para las nuevas generaciones y para el conjunto social.

El amplio campo psicosocial y el feminismo, entre otras fuentes, sus teorías, metodologías y prácticas políticas relativas enseñan a hacer hábito el mirar y hacer conciencia sobre cómo transcurre efectivamente la vida cotidiana de personas y grupos sociales, en su variedad. Por estos días de distanciamiento social (quizás antes también) la vida de muchas personas se desliza, especialmente de las mujeres, profesoras o estudiantes, transitando entre esponjillas, recetas culinarias, líquidos desinfectantes, computador y clases virtuales; ruta mil veces recorrida en estos tres meses por millones de mujeres en el planeta y, también, por fortuna para el caso, crecientemente por los varones. Aún así, el pensar no se detiene, acompaña estas rutinas, entreteje ideas para reflexionar sobre la vida académica desde la vida cotidiana, sobre el enseñar-estudiar, sobre la psicología social y sus *sentidos* en momentos de crisis, reconociendo que son muchos los retos por afrontar a nivel personal, familiar, profesional y social, tanto para profesores/profesoras, como para estudiantes.

En primer lugar, se problematizan hoy ampliamente y para sus distintos niveles, los efectos de la virtualización académica sobre la educación. En el caso de la educación superior y las universidades, sus directivos, profesores/profesoras, estudiantes, padres/madres de familia, y sociedad en general, se preguntan por la continuidad (o no) de semestres académicos presenciales y carreras universitarias en curso, así como si la virtualización llegó para quedarse. Las preguntas, en muchos casos, se formulan con el trasfondo de un imaginario sobre la pandemia que la entiende como paréntesis entre normalidad (antes de) y (vuelta a) normalidad. Pero no hay tal, ni antes ni ahora, ni después; peor aún, como dice un meme

de los tantos que circulan por estos días: “¿volver a la normalidad?, pero si la normalidad era el problema!”

De otra parte, constatamos que las clases virtuales han roto las “sagradas” fronteras del aula de clase. En las pantallas, de cuando en cuando, aparecen rostros y voces que hacen parte de las familias de nuestros estudiantes, incluso sus mascotas. Se ofrecen a nuestra mirada espacios hogareños, atuendos y peinados in-pandemia de los/as alumnos/alumnas; contemplamos la infinita variedad de expresiones en sus rostros los cuales muestran, algunos, serenidad, otros más expectantes, cansados o tensos... De hecho, hay una fractura de la frontera entre cotidianidad, familiaridad y academia; algunos padres o madres saludan, comparten los materiales de clase, es decir, han entrado a las casas plenamente las conversaciones académicas.

Ahora bien, en este contexto in-pandemia una dimensión altamente crítica del proceso formativo en psicología han sido los semestres de práctica. Los escenarios de prácticum eran presenciales y en territorio. La práctica “Subjetividades contemporáneas: configuración en escenarios de diversidad, exclusión, inclusión” tiene actividades con tres grupos sociales altamente sensibles a la vulneración: mujeres, jóvenes y personas con orientaciones sexuales diversas; vulnerables antes, ahora y en el incierto “después” de la pandemia.

Ahí, en esos escenarios y con esas poblaciones, el *sentido* de nuestro quehacer y profesión sigue siendo altamente significativo (o debería serlo), justamente por ser una condición de vida humana que llegó sin avisar como suelen serlo las *crisis* sociales. Nuestro quehacer y sus *formas*, sus metodologías, van más allá de las muchas limitaciones que imponen distancia social y virtualización. Las preguntas y categorías teóricas de la práctica siguen siendo válidas, el acompañamiento psicosocial, igualmente: ¿quién no ha constatado, como en una especie de reiteración, que las desigualdades, la pobreza y la exclusión incrementan el riesgo de infectarse, de morir?, o bien, ¿quién no ha tenido noticia de cómo las violencias intrafamiliar, de género y contra las mujeres se han incrementado también exponencialmente?, ¿quién no ha experimentado momentos de ansiedad y/o preocupación por su propia salud y la de los otros/as?, ¿quién no ha sido impactado/a por las noticias de agresiones de ciudadanos del común al personal de la salud?, ¿quién no se inquieta ante el incremento de las cifras mundiales de depresión y suicidio?, ¿quién no ha pensado que se gestan nuevas formas de exclusión social y se incrementan y acentúan las previas (previas a la pandemia)?

¿Qué ofrecer desde la práctica a los jóvenes estudiantes?, ¿qué proponerles para acompañar a personas y grupos; para teorizar, emocionar, sentipensar?, ¿cómo entender las muchas expresiones inquietantes que configuran o reconfiguran actualmente las subjetividades individuales y colectivas, vistas desde una perspectiva psicosocial?, ¿cómo entender psicosocialmente las dinámicas de exclusión-inclusión en contextos de distanciamiento social y virtualización? Por fortuna, la creatividad y los recursos salen también a la luz en los momentos más difíciles: reflexiones y apropiación de modelos psicosociales de atención en crisis; comprensiones sobre Bienestar y Malestar subjetivo, psicológico y social; nuevas comprensiones sobre lo que se entiende por *comunidad*, comunidades heterogéneas y desterritorializadas; comprensiones sobre teorías, sujetos y

prácticas del cuidado (cuidado de sí, cuidado de la salud física y mental -gestión de emociones- de usuarias/os de las instituciones y sus familias, cuidado de los equipos de trabajo, cuidado de los otros/as, cuidado del planeta); diseño de protocolos de acompañamiento psicosocial virtual en situaciones de crisis; desarrollo de habilidades para acompañar; desarrollo de mapas de conectividad o conocimiento de los existentes; diseño de estrategias virtuales o telefónicas para atender situaciones de violencia contra mujeres, intrafamiliar y de géneros; diseño de materiales virtuales informativos, comunicativos y/o reflexivos, entre otras posibilidades.

La formación para entender y atender situaciones de crisis social que, como en este caso, compromete gravemente la salud humana y la economía global, requiere ampliar los horizontes teóricos, prácticos y éticos de nuestros estudiantes, dar un marco comprensivo a lo que hacemos desde modelos complejos, modelos ecológico-sistémicos, inter y transdisciplinarios. Modelos que permitan entender e inscribir lo que hacemos en las concepciones del Desarrollo Humano realmente como asunto de capacidades, libertades-derechos y oportunidades; entender los retos y dificultades de la gobernanza global y del logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible; del futuro de nuestras democracias “enfermas” de inequidad, desigualdad y corrupción.

Ahora, y por supuesto, la formación ética de los/las estudiantes es central. No es deseable que un estudiante se sienta o comporte como un “cliente”, reduciendo la relación y dinámica académica a la ley de oferta y demanda: demanda exhaustiva de atención permanente, demanda de soluciones a sus incertidumbres y de respuestas ciertas que nadie tiene. Nuestra pedagogía, ahora más que nunca, debe fomentar autonomía, creatividad, crítica propositiva, sentido colaborativo-cooperativo, porque en verdad, como dijo el Papa Francisco, en muchos sentidos “todos estamos en la misma barca”. Sobre presente y futuro solamente tengo la certeza que cuando inicio mis clases virtuales y los rostros juveniles comienzan a aparecer en la pantalla, dedicando una sonrisa espontánea a sus compañeros y profesora, todo cobra sentido, ser profesora es el encuentro, es poder ver los rostros de mis estudiantes presencial o virtualmente.